

mento ante un ídolo, celebran, sin embargo, la caída de aquel que no es ya temible. Continúa Robespierre: «¿En qué es superior Dantón á Lafayette, á Dumouriez, á Fabre, á Chabot y á Hebert? ¿Qué se dirá de él que no pueda aplicarse á aquellos? Sin embargo, ¿los habéis contemplado? Os hablan del despotismo de los comités, como si la confianza que los pueblos os han conferido y á ellos habéis traspasado no fuese un seguro garante de su patriotismo. Se aparentan temores; pero, lo digo, el que en estos momentos tiembla es culpable, porque la inocencia jamás teme á la vigilancia pública.»

Aquí resuenan nuevos aplausos de los mismos cobardes que tiemblan y quieren probar que no tienen miedo. «A mí también, añade Robespierre, han intentado infundirme temores. Han querido hacerme creer que al tocar á Dantón podía el peligro llegar hasta mí. Me han escrito; los amigos de Dantón me han enviado cartas, han creído seducirme con sus discursos, han creído que el recuerdo de una intimidad antigua, que una fe inveterada en falsas virtudes me determinarían á aflojar en mi celo y en mi pasión por la libertad. Pues bien: declaro que si los peligros de Dantón habían de venir á parar á mí, esta consideración no me detendría un instante. Aquí es donde necesitamos todos algún valor y magnanimidad. Las almas vulgares, ó los hombres culpables, temen siempre ver caer á sus semejantes, porque no teniendo ante sí una barrera de otros culpables, quedan expuestos al resplandor de la verdad; pero si existen almas vulgares, también las hay heroicas en esta Asamblea, y sabrán arrostrar todos los temores infundados. Por otra parte, el número de los culpables no es crecido; el crimen ha hallado pocos partidarios entre nosotros, y derribando algunas cabezas, quedará libertada la patria.»

Robespierre había adquirido toda la seguridad y destreza necesarias para decir cuanto quería, y nunca se mostró tan hábil y tan pérfido como en esta ocasión. Hablar del sacrificio que hacía abandonando á Dantón, hacer de ello un mérito, entrar á participar del peligro si lo había y tranquilizar á los cobardes recordando el reducido número de los culpables, era el colmo de la hipocresía y de la astucia. Así es que todos sus compañeros decidieron por unanimidad que los cuatro diputados presos en la noche anterior no serían oídos en la Convención. Llegó en aquel momento Saint-Just, y leyó su informe, en el cual se desencadenaba contra las víctimas, porque á la sutileza necesaria para disfrazar los hechos, dándoles una significación que no tenían, reunía una violencia y una fuerza extraordinaria de estilo. Jamás había sido ni tan horrorosamente persuasivo ni tan falso; pues por grande que fuese su odio no podía vencerle de cuanto había expresado. Después de haber calumniado extensamente á Philippeaux, á Camilo Desmoulins, á Herault-Sechelles, y acusado á Lacroix, llega por fin á Dantón, é inventa los hechos más falsos, ó desfigura de una manera atroz los ya conocidos. Según él, Dantón, avaro, perezoso, embustero y aun cobarde, se vendió á Mirabeau, después á los Lameths, y redactó con Brissot la petición que produjo el Campo de Marte, no para derribar el solio, sino para fusilar á los mejores ciudadanos. Después se fué impunemente á descansar y á devorar en Arcis-sur-Aube el fruto de sus perfidias. Ocultóse el 10 de agosto, y reapareció para hacerse

ministro; entonces se ligó con el partido de Orleáns é hizo nombrar á éste y á Fabre para la diputación. Ligado con Dumouriez, no teniendo á los girondinos sino un odio afectado, y sabiendo siempre entenderse con ellos, estuvo enteramente opuesto al 31 de marzo y quiso hacer arrestar á Henriot. Cuando Dumouriez, Orleáns y los girondinos fueron castigados, supo avenirse con el partido que quería restablecer á Luis XVII. Tomando dinero de todos, de Orleáns, de los Borbones y del extranjero, comiendo con los banqueros y los aristócratas, mezclado en todas las intrigas, pródigo de esperanzas con todos los partidos; en fin, verdadero Catilina, codicioso, disoluto, perezoso y corruptor de las costumbres públicas, fué á sepultarse por última vez en Arcis-sur-Aube para regalarse con sus rapiñas. Ultimamente, de vuelta á la capital, se había puesto en relación directa con todos los enemigos del Estado, con Hebert y consortes, por el vínculo común del extranjero, para atacar al comité y á los sujetos que la Convención había revestido con su confianza.

A continuación de este inicuo informe, la Convención decreta la acusación de Dantón, Camilo Desmoulins, Philippeaux, Herault-Sechelles y Lacroix.

Estos desventurados habían sido conducidos al Luxemburgo, y Lacroix decía á Dantón: «¡Prendernos! ¡á nosotros! ¡jamás lo hubiera soñado!—¡Jamás lo hubieras soñado?, respondió Dantón; pues yo lo sabía, porque me lo habían advertido.—¡Conque lo sabías, exclamó Lacroix, y no te has movido! ¡He ahí el efecto de tu acostumbrada pereza! Ella nos ha perdido.—Yo no creía que jamás se atreviesen á ejecutar su proyecto.»

Todos los presos acudieron en tropel al postigo para mirar al célebre Dantón y á aquel interesante Camilo que había hecho brillar un rayo de esperanza en los calabozos. Dantón estaba, como siempre, sosegado, arrogante y aun festivo; Camilo, atónito y desconsolado; Philippeaux, conmovido y sublevado por el peligro; Herault-Sechelles, que les había precedido en el Luxemburgo algunos días, corrió al encuentro de sus amigos y les abrazó alegremente. «Cuando los hombres, dijo Dantón, hacen tonterías, es menester reirse de ellos.» Después, viendo á Tomás Payne, le dijo: «Lo que tú has hecho para la dicha y la libertad de tu país, he intentado yo en vano hacerlo con el mío; no he sido tan dichoso, pero tampoco más culpable...; me envían al cadalso; pues bien, amigo, es menester ir allí alegremente.»

Al día siguiente 12 (2 de abril) se envió el acta de acusación al Luxemburgo, y los acusados fueron trasladados á la Conserjería para pasar de allí al tribunal revolucionario. Enfurecióse Camilo al leer aquella acta llena de odiosas mentiras; mas serenóse pronto y dijo con desconsuelo: «Voy al cadalso por haber derramado algunas lágrimas sobre la suerte de tantos desventurados; mi único pesar al morir es no haber podido serles provechoso.» Todos los presos, cualquiera que fuese su jerarquía ú opinión, le manifestaban el más vivo interés, y eran ardientes los votos de todos en su favor. Philippeaux dijo algunas palabras acerca de su mujer, y permaneció tranquilo y sereno. Herault-Sechelles conservó aquella gracia de espíritu y aquellas maneras que le distinguían aun entre los individuos de su rango, abrazó á su fiel criado, que le había seguido al Luxembur-

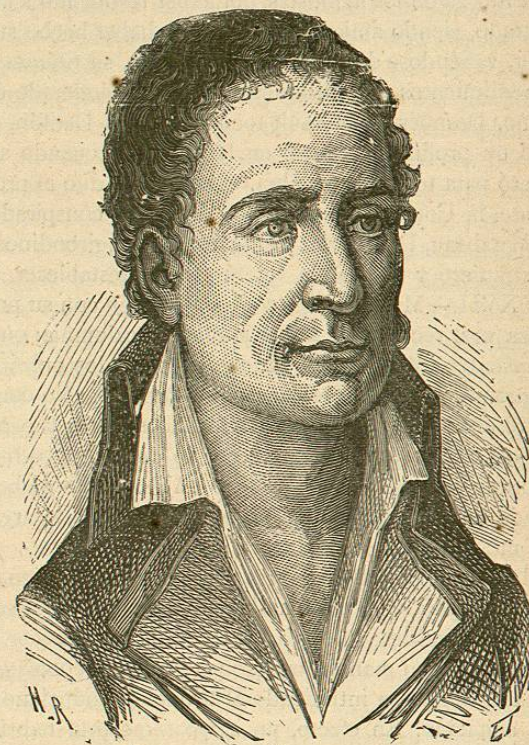
go, y que no pudiendo acompañarle á la Conserjería le estuvo consolando y alentando. Trasladaron al mismo tiempo á Fabre, Chabot, Bazire y Delaunay, á quienes intentaban sentenciar juntamente con Dantón para manchar su causa con apariencias de complicidad con los falsarios. Fabre estaba enfermo y casi moribundo. Chabot, que desde el fondo de su prisión había estado escribiendo á Robespierre, é implorándole con las más bajas lisonjas, sin conseguir conmovedle, miraba ya su muerte segura y la vergüenza no menos cierta para él que el cadalso; entonces quiso envenenarse. Tragó, en efecto, sublimado corrosivo; pero el dolor, haciéndole prorrumpir en alaridos, delató su intento; aceptó, pues, auxilios y fué trasladado, tan enfermo como Fabre, á la Conserjería. Un sentimiento algo más noble pareció animarle en medio de sus tormentos, y sintió amargamente haber comprometido á su amigo Bazire, que ninguna parte había tenido en el crimen. «¡Bazire, exclamaba, mi pobre Bazire!, ¿qué has hecho tú?»

En la Conserjería inspiraron los reos igual curiosidad que en el Luxemburgo. Ocuparon el mismo calabozo que los girondinos, y Dantón habló con su energía acostumbrada: «Hoy hace años, dijo, que hice instituir el tribunal revolucionario: pido por ello perdón á Dios y á los hombres. Mi objeto era impedir un nuevo septiembre y no establecer un azote contra la humanidad.» Volviendo luego á su desprecio para con sus compañeros que le asesinaban, dijo: «Esos Caines nada entienden de gobierno: todo lo dejo en un desorden espantoso.» Entonces empleó, para caracterizar la impotencia del paralítico Couthón y del cobarde Robespierre, expresiones obscenas, pero originales, que demostraban una jovialidad singular. Sólo un instante manifestó un ligero pesar por haber tomado parte en la revolución. «¡Más valdría, dijo, ser un pobre pescador que gobernar á los hombres!» Tal fué la única palabra que pronunció de este género.

Lacroix pareció admirado al ver en los calabozos el número y el triste estado de los prisioneros. «¡Cómo, le dijeron, las carretas cargadas de víctimas no os habían dado á conocer lo que sucedía en París!» El asombro de Lacroix era sincero, y es una lección para los hombres que persiguiendo un objeto político no se forman idea exacta de los padecimientos individuales de las víctimas, y parecen no creer en ellos porque no los ven.

Al día siguiente, 13 germinal, los acusados fueron conducidos al tribunal en número de quince: habíase reunido á los cinco jefes moderados, Dantón, Herault-Sechelles, Camilo, Philippeaux, Lacroix; los cuatro acusados del falso decreto, Chabot, Bazire, Delaunay, Fabre d'Eglantine; los dos cuñados de Chabot, Julio y Emmanuel Frey; el contratista d'Espagnac; el infeliz Westermann, acusado de haber participado de la corrupción y los complots de Dantón, y por último, dos extranjeros amigos de los acusados, el español Guzmán y el danés Diederichs. Al hacer esta amalgama, el objeto del comité era confundir á los moderados con los pervertidos y los extranjeros para probar siempre que la moderación provenía á la vez de la falta de virtud republicana y de la seducción del oro y del extranjero. La multitud que había acudido á ver á los acusados era inmensa, y al ver á Dantón despertóse un resto del interés que había inspirado. Fouquier-Tinville, los jueces

y los jurados, todos ellos revolucionarios subalternos, salidos de la nada por mano de aquel hombre poderoso, estaban confusos en su presencia; su aplomo y su altivez les imponían, y parecía más bien el acusador que el acusado. El presidente Hermann y Fouquier-Tinville, en vez de nombrar los jurados por suerte, como lo exigía la ley, hicieron la elección, designando á los que llamaban *los fuertes*. Interrogóse después á los acusados, y al dirigir á Dantón las preguntas de costumbre acerca de su edad y domicilio, contestó altivamente que tenía treinta y cuatro años; que muy pronto figuraría su nombre en el Panteón, y que él mismo quedaría re-



Philippeaux

ducido á la nada. Camilo respondió que tenía treinta y tres años, la edad del *descamisado Jesucristo cuando murió*. Bazire tenía veintinueve; Herault-Sechelles y Philippeaux, treinta y cuatro. El talento, el valor, el patriotismo y la juventud se hallaban otra vez reunidos en aquel nuevo holocausto como en el de los girondinos.

Dantón, Camilo, Sechelles y los otros se quejaron de ver su causa confundida con la de algunos falsarios; pero se pasó adelante. Examinóse primeramente la acusación dirigida contra Chabot, Bazire, Delaunay y Fabre d'Eglantine: Chabot, persistiendo en su sistema, sostuvo que no había tomado parte en la conspiración de los agiotistas sino para descubrirla; pero no persuadió á nadie, porque era extraño que al entrar no avisara secretamente á algún individuo de los comités; que lo hubiera hecho tan tarde, y que se guardara los fondos. Delaunay quedó convicto; Fabre, á pesar de su hábil defensa, consistente en decir que al sobrecargar de raspaduras la copia del decreto creyó no raspar sino un proyecto, fué refutado por Cambón, cuya deposición franca y desinteresada era agobiadora. Probó á Fabre, en efecto, que los proyectos de decreto no se firmaban nunca; que la copia raspada lo estaba por los individuos de la comisión de los cinco, y que de consiguiente no pudo

creer que lo hacía en un simple proyecto. Bazire, cuya complicidad consistía en no haber revelado, no fué escuchado apenas en su defensa, y el tribunal le confundió con los otros. Después se pasó á d'Espagnac, á quien se acusaba de haber sobornado á Julián de Tolosa para que se apoyasen sus contratas y de haber tomado parte en la intriga de la Compañía de las Indias. Aquí probábase los hechos con cartas, y nada pudo el ingenio de d'Espagnac contra esta prueba. Interrogóse después á Herault-Sechelles: Bazire había sido declarado culpable como amigo de Chabot, y Herault lo fué por haber sido amigo de Bazire, por haber tenido algún conocimiento de la intriga de los agiotistas, por haber favorecido á un emigrado, siendo amigo de ellos, y por haber hecho suponer, valiéndose de su dulzura, su gracia, su riqueza y sus sentimientos mal disimulados, que era moderado él mismo. Después de Herault tocó el turno á Dantón, y reinó un profundo silencio en la asamblea cuando se levantó para tomar la palabra. «Dantón, le dijo el presidente, la Convención os acusa de haber conspirado con Mirabeau, Dumouriez y Orleáns, con los girondinos, el extranjero y la facción que trata de restablecer á Luis XVII.—Mis palabras, contesta Dantón con su poderosa voz, rechazarán sin dificultad la calumnia; que se presenten los cobardes que me acusan y los cubriré de ignominia... Que vengan aquí los comités; sólo contestaré ante ellos; los necesito para acusadores y para testigos...; que comparezcan...; por lo demás, poco me importáis vosotros y vuestro juicio... Ya os lo he dicho; la nada será bien pronto mi asilo; ¡la vida es una carga para mí; que me la arranquen!»

Al pronunciar estas palabras, Dantón estaba indignado, su corazón se sublevaba al tener que contestar á semejantes hombres; su demanda de hacer comparecer á los comités y su manifiesta resolución de no contestar sino á ellos habían intimidado al tribunal, produciendo gran agitación. En efecto, un careo semejante habría sido cruel para ellos, pues les habría confundido, y acaso no fuera ya posible la condena. «Dantón, dice el presidente, la audacia es propia del crimen, como la calma de la inocencia.»

Al oír estas palabras, exclama Dantón: «La audacia individual es reprehensible sin duda; pero esta audacia nacional de que tantas veces he dado el ejemplo, con que tantas veces he servido á la libertad, es la más meritoria de todas las virtudes. Esta audacia es la mía, es aquella de que aquí hago uso por la república contra los cobardes que me acusan. ¿Podré contenerme al ver que se me acusa con tanta vileza? De un revolucionario como yo no se ha de esperar una defensa fría... Los hombres de mi temple son inapreciables en las revoluciones... En su frente está representado el genio de la libertad.»

Al pronunciar estas palabras, Dantón agitaba su cabeza, como retando al tribunal; sus facciones, tan temidas, producen una impresión profunda; y el pueblo, á quien conmueve la fuerza, dejó escapar un murmullo de aprobación. «¡Yo, continúa Dantón, yo acusado de conspirar con Mirabeau, con Dumouriez y con Orleáns, y de haberme humillado á los pies de los viles déspotas! ¡Y es á mí á quien se intima á contestar á la justicia inevitable é inflexible (1)... ¡Y tú, cobarde Saint-Just, tú res-

(1) Expresiones del acta de la acusación.

ponderás á la posteridad de tu acusación contra el mejor apoyo de la libertad!.. Al recorrer esta lista de horrores, añade Dantón, señalando el acta acusadora, siento que se estremece todo mi ser!»

El presidente le recomienda de nuevo que se calme, citándole el ejemplo de Marat, que contestó con respeto al tribunal. Dantón continúa y dice, puesto que se quiere, que va á referir su vida. Entonces recuerda con qué trabajo llegó á desempeñar las funciones municipales, los esfuerzos que hicieron los constitucionales para impedirlo, la resistencia que opuso á los proyectos de Mirabeau, y particularmente lo que hizo aquel día famoso en que, rodeado el coche real con un pueblo inmenso, impidió el viaje á Saint-Cloud. Después refiere su conducta cuando condujo al pueblo al Campo de Marte para firmar una petición contra la monarquía, y el motivo de esta petición célebre; la audacia con que propuso derribar el trono en el año 92; el valor con que proclamó la insurrección en la noche del 9 de agosto; y la firmeza que desplegó durante las doce horas de la insurrección; sofocado aquí por la indignación, al pensar en el cargo que se le dirige, suponiendo que se ha ocultado el 10 de agosto, exclama: «¿Dónde están los hombres que necesitaron excitar á Dantón para que se dejara ver aquel día? ¿Dónde están los seres privilegiados que hubieron de prestarle audacia? ¡Que comparezcan aquí mis acusadores!.. Estoy en mi cabal juicio al hacer esta petición... Yo descubriré á los tres pillos que han rodeado y perdido á Robespierre...; que comparezcan á mi presencia, y volveré á sumirlos en la nada, de que no debieron nunca salir...» El presidente quiere interrumpir de nuevo á Dantón, y agita la campanilla; pero Dantón domina el sonido con su voz terrible. «¿No me oís?, grita el presidente.—¡La voz de un hombre que defiende su honor y su existencia, replica Dantón, debe apagar el ruido de tu campanilla!»

Sin embargo, la indignación fatigaba al acusado, y como se alterase su voz, el presidente le invita con cierta consideración á descansar, para que continúe después su defensa con más calma y tranquilidad.

Dantón se calla y pasan á Camilo, comenzando por leer el *Antiguo franciscano*: Camilo se indigna inútilmente contra la interpretación que se da á sus escritos. Ocupábase luego de Lacroix, á quien se recuerda amargamente su conducta en Bélgica, y que imitando á Dantón, pide la comparecencia de varios individuos de la Convención, insistiendo formalmente en que se presenten.

Esta primera sesión produjo una impresión profunda. La multitud que rodeaba el palacio de justicia, extendiéndose hasta los puentes, pareció singularmente conmovida; los jueces estaban atemorizados; Vadier, Vouland y Amar, los individuos más malignos del comité de seguridad general, habían asistido á los debates, ocultándose en la imprenta contigua al salón del tribunal y que comunicaba con él por una ventanilla, desde donde habían visto con espanto la audacia de Dantón y las disposiciones del público, comenzando á dudar que la condena fuera posible. Hermann y Fouquier se dirigieron inmediatamente después de la audiencia al comité de salvación pública, y dieron conocimiento de la demanda de los acusados, quienes pedían la presencia de varios individuos de la Convención. El comité co-

menzaba á vacilar; Robespierre se hallaba en su casa; Billaud y Saint-Just, únicos presentes, prohiben á Fouquier contestar, previniéndole que prolongue los debates, para llegar al tercer día sin explicarse, y hacer declarar entonces por los jurados que están suficientemente instruidos. Mientras sucedían estas cosas en el tribunal, en el comité y en París, no era menor la agitación en las prisiones, donde inspiraban un vivo interés los acusados, no viéndose ya esperanza para nadie si se sacrificaba á tales revolucionarios. En el Luxemburgo se hallaba el infeliz Dillón, amigo de Desmoulins y defendido por él, quien supo por Chaumette que, expuesto al mismo peligro, hacia causa común con los moderados, todo cuanto pasaba en el tribunal. Chaumette lo sabía por su mujer; y Dillón, algo ligero de cabeza y que, como antiguo militar, buscaba algunas veces en el vino el consuelo de sus penas, habló inconscientemente á un tal Laflotte, encerrado en la misma prisión. Díjole que ya era tiempo de que los buenos republicanos levantasen la cabeza contra viles opresores; que el pueblo parecía despertar; que Dantón quería contestar ante los comités, pareciendo que su condena distaba mucho de estar asegurada; que la mujer de Camilo Desmoulins podría sublevar al pueblo repartiendo asignados; y que si él llegaba á escaparse, reuniría bastantes hombres resueltos para salvar á los republicanos que iban á ser sacrificados por el tribunal. Esto no eran más que propósitos, formados en la embriaguez y el dolor, si bien parece que se trató también de hacer llegar á manos de la mujer de Camilo mil escudos en una carta; pero el cobarde Laflotte, creyendo obtener la vida y la libertad denunciando un complot, corre á buscar al conserje del Luxemburgo para hacer una declaración, en la que supone que se halla á punto de estallar una conjuración dentro y fuera de las prisiones, con objeto de librar á los acusados y asesinar á los individuos de ambos comités.

Al día siguiente hubo igual afluencia de público en el tribunal. Dantón y sus colegas, siempre firmes y tenaces, vuelven á pedir la comparecencia de varios individuos de la Convención y de varios comités. Instado Fouquier á contestar, dice que no se opone á que se llame á los testigos necesarios. «No basta, añaden los acusados, que no se oponga obstáculo alguno; es preciso que los llame él mismo.» Fouquier replica que llamará á todos cuantos se quiera, excepto á los individuos de la Convención, porque á la Asamblea es á la que corresponde decidir si sus individuos pueden ser citados. Los acusados gritan de nuevo que se les priva de los medios de defensa; el tumulto llega á su colmo; y después de interrogar el presidente á otros varios acusados, Westermann, los dos Frey y Guzmán, apresúrase á levantar la sesión.

Fouquier escribió en el acto una carta al comité para darle cuenta de lo ocurrido, y obtener un medio de contestar á las demandas de los acusados. La situación era difícil, y todo el mundo comenzaba á vacilar; Robespierre aparentaba no querer dar su parecer; y sólo Saint-Just, más obstinado y audaz, pensaba que no se debía retroceder y que era preciso cerrar la boca á los acusados, enviándoles al cadalso. En aquel momento acababan de recibir la deposición del prisionero Laflotte, dirigida á la policía por el portero del Luxem-

burgo. Saint-Just ve en ella el germen de una conspiración tramada por los reos, y el pretexto de un decreto que termine la lucha del tribunal con ellos. Al otro día por la mañana preséntase, en efecto, á la Convención, y la dice que un peligro inminente está amenazando á la patria, pero que será el postrero, que arrojándolo con valor, quedará bien pronto destruido. «Los acusados, dice, á quienes está juzgando el tribunal, se hallan en completa rebeldía, y le amenazan con tal violencia, que hasta se divierten en arrojar á las narices de los jueces bolitas de miga de pan, y excitando al pueblo, pueden también extraviarle. Además, no es esto todo; han preparado una conspiración en las prisiones. La mujer de Camilo ha recibido dinero para suscitar una insurrección; el general Dillón debe salir del Luxemburgo, ponerse á la cabeza de algunos conspiradores, degollar á las dos juntas, y dar libertad á los culpables.» Al oír este hipócrita y falso relato, los condescendientes gritan que es horrible, y la Convención vota por unanimidad el decreto propuesto por Saint-Just, en virtud del cual el tribunal debe continuar sin levantar mano el proceso de Dantón y de sus cómplices. Autorízasele á dejar fuera de los debates á los acusados que faltan al respeto á la justicia, ó que traten de promover tumulto, y acto continuo se expide una copia del decreto. Vouland y Vadier van á llevarla al tribunal, donde había comenzado la tercera sesión, y donde la redoblada audacia de los acusados tenía á Fouquier en el mayor apuro.

El tercer día, en efecto, los acusados habían resuelto repetir sus reclamaciones; todos se levantan á la vez é instan á Fouquier para que haga comparecer á los testigos que han pedido, exigiendo además que la Convención nombre una comisión para recibir las denuncias que deben hacer contra el proyecto de dictadura que se manifiesta en los comités. Apurado Fouquier, no sabe ya qué contestar, cuando en el mismo momento llega un ujier á llamarle; trasládase á la sala contigua, y ve á Vadier y Vouland, que casi sin aliento le dicen: «Ya están cogidos los malvados; aquí tenéis con qué salir de apuros.» Al decir esto le entregan el decreto que Saint-Just acababa de expedir. Fouquier se apodera de él con alegría, vuelve á la audiencia, pide la palabra, y lee el espantoso decreto. Indignado Dantón, levántase entonces y dice: «Pongo al auditorio por testigo de que no hemos insultado al tribunal.—¡Es verdad!,» gritan varias voces en la sala. Todo el público se asombra é indigna de la injusticia cometida con los acusados; la emoción es general, y el tribunal se intimida. «Algún día, añade Dantón, se sabrá la verdad... Veo que amenazan grandes desdichas á Francia; he ahí la dictadura; ya se deja ver descubierta y sin velo...» Al oír Camilo hablar del Luxemburgo, de Dillón y de su esposa, grita con desesperación: «¡Infames! ¡No contentos con degollarme, quieren hacer otro tanto con mi esposa!» Dantón divisa en el fondo de la sala y en el corredor á Vadier y Vouland, que se ocultaban para juzgar el efecto que producía el decreto, y amenazándolos con el puño, exclama: «¡Vedlos ahí esos cobardes asesinos; nos persiguen y no nos dejarán hasta la muerte!» Atemorizados Vadier y Vouland, desaparecen al punto, y por toda respuesta el tribunal levanta la sesión.

El día siguiente era el cuarto, y el jurado tenía facul-

tad para cerrar los debates, declarándose suficientemente instruido. En su consecuencia, sin dejar á los acusados tiempo para defenderse, el jurado da por terminados los debates, Camilo se enfurece, grita que los jurados son unos asesinos, y toma al pueblo por testigo de aquella iniquidad; pero condúcenle entonces fuera de la sala con sus compañeros de infortunio, y como se resistiese, le arrastran á la fuerza. Entretanto, Vadier y Vouland hablan con viveza á los jurados, quienes no necesitaban seguramenté de estímulo, y el presidente Hermann y Fouquier les siguen á su sala. Hermann tiene la audacia de decirles que se ha interceptado una carta escrita al extranjero, en la cual se prueba la complicidad de Dantón con la coalición.

Sólo tres ó cuatro jurados se atreven á defender á los reos; pero prevalece la mayoría; el presidente, un tal Trincharde, entra con feroz alegría, y pronuncia con ademán frenético la inicua condena.

No quisieron exponerse los jueces á una nueva explosión de los acusados, haciéndoles subir desde la prisión á la sala del tribunal para comunicarles la sentencia, y por lo tanto encargaron á un escribano que bajase á leérsela. Los acusados le despidieron sin querer dejarle acabar, exclamando que podían conducirlos á la muerte. Una vez pronunciada la sentencia, Dantón, que se había irritado vivamente, recobró la calma, experimentando el mayor desprecio hacia sus enemigos. Camilo, serenándose bien pronto, vertió algunas lágrimas por su esposa, y gracias á su feliz imprevisión, no imaginó que estuviera amenazada de muerte, lo cual hubiera hecho más insoportables sus últimos momentos. Herault se mostró tan jovial como siempre: todos los acusados manifestaron firmeza, y Wéstermann estuvo á la altura de su célebre intrepidez.

Fueron ejecutados el 16 germinal (5 de abril). Seguía á las carretas la canalla infame pagada para ultrajar á las víctimas: al ver esto Camilo, impulsado por su indignación, quiso hablar á la multitud, lanzando contra el cobarde é hipócrita Robespierre las más vehementes imprecaciones; pero los miserables enviados para insultarle respondieron con injurias: por el esfuerzo que había hecho para moverse se desgarró su camisa, quedando desnudos sus hombros. Dantón, paseando sobre aquella multitud una mirada serena y desdeñosa, dijo á Camilo: «Estáte quieto, y deja á esa vil canalla.»

Al llegar al cadalso, Dantón iba á abrazar á Herault-Sechelles, que le tendía los brazos; y como el ejecutor se opusiese, dirigióle con una sonrisa estas terribles palabras: «Podrás ser más cruel que la muerte: pero ¡bah! no podrás impedir que dentro de un instante se abracen nuestras cabezas en el fondo del cesto.»

Tal fué el fin de aquel Dantón que tanto brilló en la revolución, y que tan útil fué para ella (1). Audaz, de

(1) Á los pocos días del suplicio de los dantonistas, pereció también desastrosamente otro de los hombres que más habían figurado desde el principio de la revolución, el girondino Condorcet.

Decretada su prisión el 9 de julio de 1793 á propuesta de Chabot, fué comprendido el 3 de octubre en la hecatombe girondina, pero logró escaparse y recibió un generoso asilo en casa del pintor Vernet. Allí permaneció oculto seis meses, pero no queriendo comprometer más tiempo á sus nobles protectores, huyó de dicha casa el 6 de abril de 1794, disfrazado de campesino, caminando á

carácter ardiente, ávido de placeres y de emociones, habiase lanzado en la carrera de los disturbios, y hubo de brillar sobre todo en los días de vacilación y de terror. Rápido y positivista, sin asombrarse por la diferencia ni por la novedad de una situación extraordinaria, sabía encontrar los medios necesarios, sin temor ni escrúpulo alguno. Pensando que era ya urgente terminar las luchas de la monarquía con la revolución, promovió el 10 de agosto. En presencia de los prusianos, le pareció que se debía contener á Francia, comprometiéndola en el sistema de la revolución, y ordenó, según dicen, las horribles jornadas de septiembre, aunque salvando al mismo tiempo á una multitud de víctimas. A principios del grandioso año de 1793, la Convención se atemorizó ante la Europa armada; y entonces pronunció, concibiéndolas en toda su profundidad, estas palabras notables: «Una nación que se insurrecciona está más próxima á conquistar á sus vecinos que á ser conquistada.» Juzgó que veinte millones de hombres á quienes se pusiera en movimiento no tenían nada que temer de algunos centenares de miles de soldados que defendían los tronos; propuso sublevar al pueblo, hacer pagar á los ricos; é imaginó, en fin, todas las medidas revolucionarias que han dejado tan terrible recuerdo, pero que salvaron la Francia. Este hombre, tan poderoso en la acción, recaía en la indolencia durante el intervalo de los peligros, entregándose á los placeres, que siempre amó; buscaba hasta los goces más inocentes, tales como los que proporciona el campo, una esposa adorada y sus amigos. Entonces olvidaba á los vencidos, no podía odiarlos, y hasta sabía hacerles justicia, compadeciéndose de ellos y defendiéndolos. Sin embargo, durante estos intervalos de reposo, necesarios para su alma ardiente, sus rivales alcanzaban poco á poco, gracias á su perseverancia, la nombradía y la influencia que él adquirió en un solo día de peligro. Los fanáticos vituperaban su blandura y su condescendencia, olvidando que en cuanto á crueldades políticas, les había igualado á todos en las jornadas de septiembre; y mientras confiaba en su nombradía, mientras aplazaba por pereza la ejecución de los nobles proyectos que germinaban en su mente para introducir leyes benignas, limitar el reinado de la violencia á los días de peligro, separar á los exterminadores empapados en sangre de los hombres que sólo cedieron á las circunstancias, y organizar, en fin, la Francia, reconciliándola con Europa, fué sorprendido por sus colegas á quienes había abandonado el gobierno. Estos últimos, descargando sus golpes sobre los ultrarrevolucionarios, debían hacer lo mismo contra los moderados, á fin de que no pareciese que retrocedían.

La política pedía víctimas; la envidia las eligió, inmolando al hombre más célebre y temido de aquella épo-

la ventura hasta llegar á Fontenay-aux-Roses. Cansado y extenuado de hambre y de sueño, entró en un figón, procurando sentarse en el rincón más obscuro para no ser conocido; pero sus modales, su recelo, su hambre impaciente y sus respuestas ambiguas le hicieron sospechoso, y apoderándose de él los milicianos de Clamart, le encerraron en un calabozo á disposición del comité de vigilancia del distrito. Cuando entró el carcelero al día siguiente para visitar al sospechoso, le encontró muerto; Condorcet llevaba en una sortija una gota de ese veneno libertador á que recurrieron tantos desgraciados en aquella agitada época.

ca. Dantón sucumbió con su celebridad y sus servicios ante el gobierno formidable que él mismo había contribuído á organizar; pero por su audacia hizo al menos dudosa su caída durante un momento.

Dantón tenía un talento poco cultivado, pero grande, profundo, y sobre todo sencillo y sólido: no sabía servirse de él sino para sus necesidades, jamás para brillar; y por eso hablaba poco, y tenía á menos escribir. Según cierto contemporáneo, no tenía ninguna pretensión, ni aun la de adivinar lo que ignoraba, pretensión tan común en los hombres de su temple. Escuchaba á Fabre d'Eglantine, y hacía hablar continuamente á su joven é interesante amigo Camilo Desmoulins, cuyo talento le encantaba y á quien tuvo el dolor de arrastrar en su caída. Murió con su acostumbrado valor, comunicándole á su joven amigo.

Así como Mirabeau, expiró orgulloso de sí mismo, creyendo que las faltas de su vida quedaban suficientemente expiadas por sus grandes servicios y sus últimos proyectos.

Se acababa de inmolár á los jefes de ambos partidos, y muy pronto siguieron los restos de ellos, y se mezcló y juzgó á los hombres más opuestos, á fin de acreditar más la opinión de que eran cómplices de un mismo complot. Chaumette y Gobel comparecieron al lado de Arturo Dillón y de Simón; los Grammont, padre é hijo, los Lapallú y otros individuos del ejército revolucionario, figuraron junto al general Beysser; y por último, con la mujer de Hebert, antigua religiosa, compareció la joven esposa de Camilo Desmoulins, que teniendo

apenas veintitrés años, brillaba por su belleza, su gracia y lozana juventud.

Chaumette, á quien hemos visto tan sumiso y dócil, fué acusado de conspirar en el Ayuntamiento contra el gobierno, de haber hecho padecer hambre al pueblo, tratando de sublevarle con sus extravagantes requisitorias; á Gobel se le consideró como cómplice de Cloutz y de Chaumette; Arturo Dillón había querido, según dijeron, abrir las cárceles de París para exterminar á la Convención y al tribunal, salvando á sus amigos; los individuos del ejército revolucionario fueron condenados como agentes de Ronsin; y al general Beysser, que tan poderosamente contribuyó á salvar á Nantes junto á Canclaux, y á quien se acusaba de federalismo, considerósele como cómplice de los ultrarrevolucionarios. Ya sabemos qué relación podía existir entre el estado mayor de Nantes y el de Saumur. La mujer de Hebert fué condenada como cómplice de su marido, y sentada en el mismo banco que ocupaba la esposa de Camilo, decía: «Vos sois feliz; ningún cargo pueden dirigiros, y os salvaréis.» En efecto, todo cuanto se podía vituperar en esta joven era haber amado á su esposo apasionadamente, y haber vagado con sus niños alrededor de la cárcel, para que vieran á su padre y enseñárasele; pero ambas fueron condenadas, y las esposas de Hebert y de Camilo murieron como culpables de una misma conspiración. La infortunada Desmoulins murió con un valor digno de su esposo y de sus virtudes: desde Carlota Corday y madama Roland, ninguna víctima había inspirado tan vivo interés ni tan profundo sentimiento.